El Juego Más Peligroso

De Richard Connell

“Allí a la derecha, en algún lado, es una isla grande” dijo Whitney “es más bien un misterio…”

“¿Que isla es?” pregunto Rainford.

“Los mapas antiguos lo llaman “Ship-Trap Island”, respondió Whitney. “Un nombre sugerente, ¿no es así? Los marineros le tienen un pavor curioso al lugar. No sé por qué. Alguna superstición...”

“No puedo verla” comento Rainford, tratando de mirar a través de la húmeda noche tropical que era palpable mientras presionaba su espesa y cálida negrura sobre el yate.

“Tienes buenos ojos”, dijo Whitney, riendo, “y te he visto atrapar un alce que se mueve en el marrón monte otoñal a cuatrocientas yardas, pero ni siquiera tú puedes ver cuatro millas o más a través de una noche caribeña sin luna.”

“Ni cuatro yardas”, admitió Rainsford. “¡Uf! Es como terciopelo negro húmedo.”

“Habrá bastante luz en Río”, prometió Whitney. “Deberíamos hacerlo en unos días. Espero que las armas de jaguar hayan llegado de Purdey's. Deberíamos tener una buena casería en el Amazonas. Gran deporte, la caza.”

“El mejor deporte del mundo”, coincidió Rainsford.

“Para el cazador”, corrigió Whitney. “No para el jaguar.”

“No hables mal, Whitney”, dijo Rainsford. “Eres un cazador de caza mayor, no un filósofo. ¿A quién le importa cómo se siente un jaguar? “

“Quizás al jaguar”, observó Whitney.

“¡Bah! Ellos no tienen entendimiento.”

“Aun así, creo que entienden una cosa: el miedo. El miedo al dolor y el miedo a la muerte.”

“Tonterías”, se rió Rainsford. “Este clima caluroso te está suavizando, Whitney. Sé realista. El mundo está compuesto por dos clases: los cazadores y los cazados. Por suerte, tú y yo somos cazadores. ¿Crees que ya hemos pasado esa isla?”

“No puedo decirlo en la oscuridad. Eso espero.”

“¿Por qué?”, Preguntó Rainsford.

“El lugar tiene una reputación, una mala.”

“¿Caníbales?” sugirió Rainsford.

“Difícilmente. Incluso los caníbales no vivirían en un lugar tan abandonado por Dios. Pero se ha metido en la tradición de los marineros, de alguna manera. ¿No te diste cuenta de que los nervios de la tripulación parecían un poco sobresaltados hoy?”

“Estaban un poco extraños, ahora que lo mencionas. Incluso el capitán Nielsen...”

“Sí, incluso ese viejo sueco de mente dura, que se acercaría al diablo en persona y le pediría fuego. Esos ojos azules de pescado tenían una mirada que nunca antes había visto. Todo lo que pude sacar de él fue “Este lugar tiene un mal nombre entre los marineros, señor”. Luego me dijo, muy gravemente: “¿No sientes nada?”, Como si el aire a nuestro alrededor fuera realmente venenoso. Ahora, no debes reírte cuando te digo esto, sentí algo como un escalofrío repentino.”

“No había brisa. El mar estaba tan plano como una ventana de cristal. Nos acercábamos a la isla en ese momento. Lo que sentí fue un… un escalofrío mental; una especie de pavor repentino.”

“Pura imaginación” dijo Rainsford

“Un marinero supersticioso puede contaminar con su miedo a toda la tripulación del barco.”

“Quizás. Pero a veces creo que los marineros tienen un sentido extra que les avisa cuando están en peligro. A veces pienso que el mal es algo tangible, con longitudes de onda, al igual que el sonido y la luz. Un lugar malvado puede, por así decirlo, transmite vibraciones de maldad. De todos modos, me alegro de que salgamos de esta zona. Bueno, creo que me acostaré ahora, Rainsford.”

“No tengo sueño”, dijo Rainsford. “Voy a fumar otra pipa en la cubierta de la popa.”

“Buenas noches entonces Rainsford. Nos vemos en el desayuno.”

“Bien. Buenas noches Whitney”

No hubo ningún sonido en la noche mientras Rainsford estaba sentado allí, excepto el latido amortiguado del motor que conducía el yate rápidamente a través de la oscuridad, y el murmullo y ondulación de la hélice.

Rainsford, reclinado en una silla de vapor, dio una bocanada indolente a su pipa favorita. La sensual somnolencia de la noche se apoderaba de él. “Está tan oscuro”, pensó, “que podría dormir sin cerrar los ojos; la noche serían mis párpados...”

Un sonido abrupto lo sobresaltó. A la derecha lo oyó, y sus oídos, expertos en tales materias, no podían equivocarse. Nuevamente escuchó el sonido, una y otra vez. En algún lugar, en la oscuridad, alguien había disparado un arma tres veces.

Rainsford se levantó de un salto y se acercó rápidamente a la barandilla, desconcertado. Forzó sus ojos en la dirección de que habían escuchado los disparos, pero era como intentar ver a través de una manta. Saltó sobre la barandilla y allí se equilibró, para conseguir una mayor elevación; su

pipa, golpeando por una cuerda, fue tirada de su boca. Se abalanzó sobre él; un breve y ronco grito salió de sus labios cuando se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y había perdido el equilibrio. El grito fue interrumpido cuando las aguas cálidas como la sangre del Mar del Caribe se dosificaron sobre su cabeza.

Luchó por salir a la superficie y tratar de gritar, pero el agua del veloz yate le dio una bofetada en la cara y el agua salada en su boca abierta le hizo vomitar y estrangularse. Desesperadamente se lanzó con fuertes golpes tras las luces que se alejaban del yate, pero se detuvo antes de haber nadado quince metros. Una cierta frialdad le llego a la cabeza; no era la primera vez que se encontraba en un aprieto. Existía la posibilidad de que alguien a bordo del yate pudiera oír sus gritos, pero esa posibilidad era escasa y se hacía más escasa a medida que el yate avanzaba a toda velocidad. Luchó para quitarse la ropa y gritó con todas sus fuerzas. Las luces del yate se convirtieron en luciérnagas débiles y siempre desaparecidas; luego fueron borradas por completo por la noche.

Rainsford recordó los disparos. Venían de la derecha y nadó obstinadamente en esa dirección, nadando con brazadas lentas y deliberadas, conservando sus fuerzas. Durante un tiempo que pareció interminable luchó contra el mar. Comenzó a contar sus brazadas; posiblemente podría hacer cien más y luego...

Rainsford escuchó un sonido. Surgió de la oscuridad, un grito agudo, el sonido de un animal en un extremo de angustia y terror.

No reconoció al animal que hizo el sonido; no lo intentó; con nueva vitalidad nadó hacia el sonido. Lo escuchó de nuevo; luego fue interrumpido por otro ruido, agudo, entrecortado.

“Un disparo”, murmuró Rainsford, nadando.

Diez minutos de esfuerzo decidido trajeron otro sonido a sus oídos, el más bienvenido que jamás había escuchado, el murmullo y el gruñido del mar rompiendo en una orilla rocosa.

Estaba casi en las rocas antes de verlas; en una noche menos tranquila se habría hecho añicos contra ellas. Con las fuerzas que le quedaban se arrastró fuera de las turbulentas aguas. Peñascos dentados parecían sobresalir en la opacidad; se obligó a levantarse, mano sobre mano. Jadeando, con las manos en carne viva, llegó a un lugar plano en la parte superior. La densa jungla descendió hasta el mismo borde de los acantilados. Los peligros que esa maraña de árboles y matorrales podría depararle no preocupaban a Rainsford en ese momento. Todo lo que sabía era que estaba a salvo de su enemigo, el mar, y que sentía un cansancio absoluto. Se arrojó al borde de la jungla y cayó de cabeza al sueño más profundo de su vida.

Cuando abrió los ojos, supo por la posición del sol que era la última hora de la tarde. El sueño le dio nuevo vigor; un hambre aguda lo golpeaba. Miró a su alrededor, casi con alegría.

“Donde hay disparos de pistola, hay hombres. Donde hay hombres, hay comida”, pensó. ¿Pero qué clase de hombres, se preguntó, en un lugar tan prohibitivo? Un frente ininterrumpido de jungla rugosa y desigual bordeaba la orilla.

No vio señales de un rastro a través de la telaraña muy unida de malezas y árboles; era más fácil ir a lo largo de la orilla y Rainsford avanzaba a trompicones junto al agua. No muy lejos de donde aterrizó, se detuvo.

Algo herido, según la evidencia, un animal grande, se había agitado entre la maleza; la maleza de la jungla fue aplastada y el musgo lacerado; una mancha de malas hierbas estaba teñida de carmesí. Un objeto pequeño y brillante no muy lejos llamó la atención de Rainsford y lo recogió. Era un cartucho vacío.

“Un veintidós”, comentó. “Eso es extraño. Debe haber sido un animal bastante grande también. El cazador tuvo el valor de atacarlo con un arma ligera. Está claro que el bruto se resistió. Supongo que los primeros tres disparos que escuché fueron cuando el Hunter intercepto su presa y la hirió. El último disparo fue cuando la arrastró hasta aquí y la acabo.”

Examinó el suelo de cerca y encontró lo que esperaba encontrar: la huella de botas de caza. Estas Señalaban a lo largo del acantilado en la dirección en la que había estado yendo. Se apresuró con impaciencia, resbalando ahora sobre un tronco podrido o una piedra suelta, pero avanzando; la noche comenzaba a asentarse en la isla.

Una oscuridad sombría oscurecía el mar y la jungla cuando Rainsford avistó las luces. Se topó con ellos al doblar un desvío en la línea de la costa; y su primer pensamiento fue que había llegado a una aldea, porque había muchas luces. Pero mientras avanzaba, vio con gran asombro que todas las luces estaban en un edificio enorme: una estructura elevada con torres puntiagudas que se hundían hacia arriba en la penumbra. Sus ojos distinguieron los contornos sombríos de un palacio palaciego; estaba situado en un acantilado alto, y en tres de sus lados los acantilados descendían hasta donde el mar lamía con labios codiciosos en las sombras.

“Espejismo”, pensó Rainsford. Pero descubrió que no era un espejismo cuando abrió la alta puerta de hierro con púas. Los escalones de piedra eran bastante reales; la enorme puerta con una gárgola lasciva por aldaba era bastante real; sin embargo, sobre todo ello flotaba un aire de irrealidad.

Levantó la aldaba y crujió rígidamente, como si nunca antes se hubiera usado. La dejó caer y lo asustó con su estruendoso volumen. Creyó oír pasos adentro; la puerta permaneció cerrada. Una vez más, Rainsford levantó la pesada aldaba y la dejó caer. La puerta se abrió entonces, se abrió tan repentinamente como si fuera un resorte, y Rainsford se quedó parpadeando en el río de deslumbrante luz dorada que salía. Lo primero que distinguieron los ojos de Rainsford fue el hombre más grande que Rainsford había visto en su vida: una criatura gigantesca, de constitución sólida y con barba negra hasta la cintura. En su mano, el hombre sostenía un revólver de cañón largo y apuntaba directamente al corazón de Rainsford.

“No se alarme”, dijo Rainsford, con una sonrisa que esperaba que fuera desarmante. “No soy un ladrón. Me caí de un yate. Mi nombre es Sanger Rainsford de la ciudad de Nueva York.”

La mirada amenazante en los ojos no cambió. El revólver apuntando tan rígidamente como si el gigante fuera una estatua. No dio ninguna señal de que entendiera las palabras de Rainsford, o de que siquiera las hubiera escuchado. Iba vestido de uniforme, un uniforme negro adornado con astracán gris.

“Soy Sanger Rainsford de Nueva York”, comenzó de nuevo Rainsford. “Me caí de un yate. Estoy hambriento.”

La única respuesta del hombre fue levantar con el pulgar el martillo de su revólver. Entonces Rainsford vio que la mano libre del hombre se dirigía a su frente en un saludo militar, y lo vio juntar los talones y ponerse firme. Otro hombre bajaba los anchos escalones de mármol, un hombre esbelto y erguido con ropa de noche. Avanzó hacia Rainsford y le tendió la mano.

Con una voz cultivada marcada por un ligero acento que le dio mayor precisión y deliberación, dijo: “Es un gran placer y un honor dar la bienvenida al Sr. Sanger Rainsford, el célebre cazador, a mi casa.”

Automáticamente, Rainsford estrechó la mano del hombre.

“He leído su libro sobre la caza de leopardos de las nieves en el Tíbet, ¿sabe?”, Explicó el hombre. “Soy el general Zaroff.”

La primera impresión de Rainsford fue que el hombre era singularmente apuesto; la segunda fue que había una cualidad original, casi extraña, en el rostro del general. Era un hombre alto de más de mediana edad, porque su cabello era de un blanco intenso; pero sus espesas cejas y su puntiagudo bigote militar eran tan negros como la noche de la que había venido Rainsford. Sus ojos también eran negros y muy brillantes. Tenía los pómulos altos, la nariz afilada, una cara oscura y austera: la cara de un hombre acostumbrado a dar órdenes, la cara de un aristócrata. Volviéndose hacia el gigante de uniforme, el general hizo una señal. El gigante guardó su pistola, saludó, y se retiró.

“Iván es un tipo increíblemente fuerte”, comentó el general, “pero tiene la desgracia de ser sordo y mudo. Un tipo sencillo, pero me temo que, como toda su raza, un poco salvaje.”

“¿Es ruso?”

“Es un cosaco”, dijo el general, y su sonrisa mostró labios rojos y dientes puntiagudos. “Yo también.”

“Ven”, dijo, ¨no deberíamos estar charlando aquí. Podemos hablar más tarde. Ahora quieres ropa, comida, descanso. Los tendrás. Este es un lugar muy relajante.”

Iván había reaparecido y el general le habló con labios que se movían pero no emitían ningún sonido.

“Siga a Iván, por favor, señor Rainsford”, dijo el general. “Estaba a punto de cenar cuando viniste. Te esperaré. Verás que mi ropa te quedará bien, creo.”

Rainsford siguió al gigante silencioso hasta un enorme dormitorio con techo de vigas y una cama con dosel lo suficientemente grande para seis hombres. Iván sacó un traje de noche y Rainsford, mientras se lo ponía, notó que venía de un sastre londinense que normalmente cortaba y cosía para nadie por debajo del rango de duque.

El comedor al que lo condujo Iván fue notable en muchos sentidos. Tenía una magnificencia medieval; sugería un salón señorial de la época feudal con sus paneles de roble, su techo alto, sus vastas mesas de refectorio donde dos hombres podían sentarse a comer. Alrededor del salón había cabezas colgadas de muchos animales: leones, tigres, elefantes, alces, osos; especímenes más grandes o más perfectos que Rainsford nunca había visto. En la gran mesa estaba sentado el general, solo.

“Tendrá un cóctel, señor Rainsford”, sugirió. El cóctel fue increíblemente bueno; y, observó Rainsford, los adornos de la mesa eran de los más finos: el lino, el cristal, la plata, la porcelana.

Estaban comiendo Borsch, la rica sopa roja con crema batida tan querida por los paladares rusos. Medio en tono de disculpa, el general Zaroff dijo: “Hacemos nuestro mejor esfuerzo para preservar las comodidades de la civilización aquí. Por favor, perdone cualquier error. Estamos fuera de los caminos trillados, ya sabes. ¿Crees que el champán ha sufrido por su largo viaje por el océano? “

“No en lo más mínimo”, declaró Rainsford. Estaba encontrando en el general un anfitrión sumamente atento y afable, un verdadero cosmopolita. Pero había un pequeño rasgo del general que hizo que Rainsford se sintiera incómodo. Cada vez que levantaba la vista de su plato, encontraba al general estudiándolo, evaluándolo con detenimiento.

“Quizás” dijo el general Zaroff “le sorprendió que reconociera su nombre. Verá, leo todos los libros sobre caza publicados en inglés, francés y ruso. Solo tengo una pasión en mi vida, Sr. Rains. Ford, y es la caza.”

“Aquí tienes unas cabezas maravillosas”, dijo Rainsford mientras comía un Filet Mignon particularmente bien cocido. “Ese búfalo del Cabo es el más grande que he visto.”

“Oh, ese tipo. Sí, era un monstruo.”

“¿Te cobró bastante?”

“Siempre he pensado”, dijo Rainsford, “que el búfalo del Cabo es el más peligroso de todos las grandes cazas”

Por un momento, el general no respondió; sonreía con su curiosa sonrisa de labios rojos. Luego dijo lentamente: “No. Se equivoca, señor. El búfalo del Cabo no es la caza mayor más peligrosa.” Bebió un sorbo de vino. “Aquí, en mi coto en esta isla”, dijo en el mismo tono lento, “cazo animales más peligrosos.”

Rainsford expresó su sorpresa. “¿Hay caza mayor en esta isla?”

El general asintió. “La más grande.”

“¿Enserio?”

“Oh, no está aquí naturalmente, por supuesto. Tengo que abastecer la isla.”

“¿Qué ha importado, general?” Preguntó Rainsford. “¿Tigres?”

El general sonrió. “No”, dijo. “La caza de tigres dejó de interesarme hace algunos años. Agoté sus posibilidades, ve. No queda emoción en los tigres, no hay peligro real. Vivo para el peligro, señor Rainsford.”

El general sacó del bolsillo una cigarrera de oro y ofreció a su invitado un cigarrillo largo y negro con punta plateada; estaba perfumado y desprendía un olor a incienso.

“Tendremos algo de caza de capital, tú y yo”, dijo el general. “Estaré muy contento de tener su compañía.”

“Pero, ¿qué caza...?”, Comenzó Rainsford.

“Ya te lo diré”, dijo el general. Te divertirás, lo sé. Creo que puedo decir, con toda modestia, que he hecho algo raro. He inventado una nueva sensación. ¿Puedo servirle otro vaso de oporto?”

“Gracias, general.”

El general llenó ambos vasos y dijo: “Dios hace poetas a algunos hombres. A algunos los hace reyes, a otros mendigos. Me hizo cazador. Mi mano fue hecha para el gatillo, dijo mi padre. Era un hombre muy rico con un cuarto de millón de acres en Crimea, y era un deportista apasionado. Cuando solo tenía cinco años me dio una pequeña pistola, hecha especialmente para mí en Moscú, para disparar a los gorriones. Cuando disparé a algunos de sus premiados pavos con él, no me castigó; me felicitó por mi puntería. Maté a mi primer oso en el Cáucaso cuando tenía diez años. Toda mi vida ha sido una caza prolongada. Entré en el ejército, se esperaba de los hijos de los nobles, y durante un tiempo dirigí una división de la caballería cosaca, pero mi verdadero interés siempre fue la caza. He cazado todo tipo de animales en todos los países. Sería imposible para mí decirles cuántos animales he matado.”

El general dio una calada a su cigarrillo.

“Después de la debacle en Rusia, dejé el país, porque era imprudente que un oficial del Zar se quedara allí. Muchos nobles rusos lo perdieron todo. Afortunadamente, había invertido mucho en

acciones estadounidenses, por lo que nunca tendré que abrir un salón de té en Montecarlo o conducir un taxi en París. Naturalmente, seguí cazando: más Grizzlies en las Montañas Rocosas, cocodrilos en el Ganges, rinocerontes en África Oriental. Fue en África donde los búfalos del Cabo me golpearon y me dejo acostaron durante seis meses. Tan pronto como me recuperé, partí hacia el Amazonas para cazar jaguares, porque había oído que eran inusualmente astutos. No lo fueron." El cosaco suspiró. "No eran rival en absoluto para un cazador con su ingenio y un rifle de alta potencia. Estaba amargamente decepcionado. Una noche, estaba acostado en mi tienda con un terrible dolor de cabeza cuando un pensamiento terrible se abrió paso en mi mente. ¡La caza empezaba a aburrirme! Y la caza, recuerda, había sido mi vida. Escuché que en Estados Unidos los empresarios a menudo se hacen pedazos cuando abandonan el negocio que ha sido su vida."

"Sí, es así", dijo Rainsford.

El general sonrió. "No tenía ganas de hacerme pedazos", dijo. "Debo hacer algo. Ahora, la mía es una mente analítica, Sr. Rainsford. Sin duda por eso disfruto de los problemas de la persecución."

"Sin duda, general Zaroff."

"Entonces", continuó el general, "me pregunté por qué la caza ya no me fascinaba. Es mucho más joven que yo, señor Rainsford, y no ha cazado tanto, pero tal vez pueda adivinar la respuesta."

"¿Qué era?"

Simplemente esto: la caza había dejado de ser lo que usted llama "una propuesta deportiva." Se había vuelto demasiado fácil. Siempre tengo mi presa. Siempre. No hay mayor aburrimiento que la perfección."

El general encendió un cigarrillo nuevo.

"Ningún animal ha tenido una oportunidad conmigo. Eso no es jactancia; Es una certeza matemática. El animal no tenía nada más que sus piernas y su instinto. El instinto no es rival para la razón. Cuando pensé en esto, fue un momento trágico para mí, te lo puedo decir."

Rainsford se inclinó sobre la mesa, absorto en lo que decía su anfitrión.

"Me pareció una inspiración lo que debía hacer", prosiguió el general.

"¿Y eso fue?"

El general sonrió con la tranquila sonrisa de quien se ha enfrentado a un obstáculo y lo ha superado con éxito. "Tuve que inventar un nuevo animal para cazar", dijo.

"¿Un nuevo animal? Estás bromeando". "En absoluto", dijo el general. "Nunca bromeo sobre la caza. Necesitaba un animal nuevo. Encontré uno. Así que compré esta isla, construí esta casa, y aquí hago mi caza. La isla es perfecta para mis propósitos: hay selvas con un laberinto de características, colinas, pantanos..."

“¿Pero el animal, general Zaroff?”

“Oh”, dijo el general, “Me proporciona la caza más emocionante del mundo. Ninguna otra caza se compara con ella ni por un instante. Todos los días caso, y ahora nunca me aburro, porque tengo una presa con la que puedo igualar mi ingenio.”

El desconcierto de Rainsford se reflejó en su rostro.

“Quería el animal ideal para cazar”, explicó el general. “Entonces dije: ¿Cuáles son los atributos de una presa ideal? Y la respuesta fue, por supuesto, debe tener coraje, astucia y, sobre todo, debe ser capaz de razonar.”

“Pero ningún animal puede razonar”, objetó Rainsford.

“Mi querido amigo”, dijo el general, “hay uno que puede.”

“Pero no puedes decir…” jadeó Rainsford.

“¿Y por qué no?”

“No puedo creer que esté hablando en serio, general Zaroff. Esta es una broma espantosa.”

“¿Por qué no debería hablar en serio? Me refiero a la caza.”

“¿Caza? Maldición, general Zaroff, de lo que habla es de asesinato.”

El general se rió con toda bondad. Miró a Rainsford con curiosidad. “Me niego a creer que un joven tan moderno y civilizado como usted parece albergar ideas románticas sobre el valor de la vida humana. Seguramente tus experiencias en la guerra…”

“No me hizo tolerar el asesinato a sangre fría”, terminó Rainsford con rigidez.

La risa sacudió al general. “¡Qué extraordinariamente gracioso eres!” él dijo. “No se espera hoy en día encontrar un joven de clase educada, incluso en Estados Unidos, con un punto de vista tan ingenuo y, si se me permite decirlo, medio victoriano. Es como encontrar una tabaquera en una limusina. Ah, bueno, sin duda tenías antepasados puritanos. Parece que muchos estadounidenses lo han tenido. Apuesto a que olvidarás tus ideas cuando vayas a cazar conmigo. Tiene una nueva y genuina emoción para usted, Sr. Rainsford”

“Gracias, soy un cazador, no un asesino.”

“Dios mío”, dijo el general, bastante sereno, “otra vez esa palabra desagradable. Pero creo que puedo demostrarle que sus escrúpulos están bastante infundados.”

“¿Sí?”

“La vida es para los fuertes, para que la vivan los fuertes y, si es necesario, para los fuertes la tomen. Los débiles del mundo fueron puestos aquí para dar placer a los fuertes. Yo soy fuerte.

¿Por qué no debería usar mi regalo? Si deseo cazar, ¿por qué no debería hacerlo? Cazo la escoria de la tierra: marineros de los barcos vagabundos (lascares, negros, chinos, blancos, mestizos), un caballo o un sabueso de pura sangre vale más que una veintena de ellos."

"Pero son hombres", dijo Rainsford acaloradamente.

"Precisamente", dijo el general. "Por eso los uso. Me da placer. Pueden razonar, de alguna manera. Por eso son peligrosos."

"¿Pero de dónde los consigues?"

El párpado izquierdo del general se movió hacia abajo en un guiño. "Esta isla se llama Ship Trap", respondió. "A veces un dios enojado de alta mar me las envía. A veces, cuando la Providencia no es tan amable, ayudo un poco a la Providencia. Ven a la ventana conmigo."

Rainsford se acercó a la ventana y miró hacia el mar.

"¡Mira! ¡Allí afuera!" exclamó el general, señalando la noche. Los ojos de Rainsford solo vieron oscuridad, y luego, cuando el general presionó un botón, en el mar, Rainsford vio el destello de luces.

El general se rió entre dientes. "Indican un canal", dijo, "donde no hay nada mas que rocas gigantes con bordes afilados se agachan como un monstruo marino con las fauces abiertas. Pueden aplastar un barco tan fácilmente como yo aplastar esta nuez". Dejó caer una nuez en el suelo de madera y la golpeó con el talón. "Oh, sí", dijo casualmente, como si respondiera a una pregunta, "tengo electricidad. Tratamos de ser civilizados aquí ."

"¿Civilizado? ¿Y matas a los hombres?"

Un rastro de ira había en los ojos negros del general, pero estuvo allí por un segundo; y dijo, de su manera más agradable: "¡Dios mío, qué joven tan justo eres! Te aseguro que no hago lo que sugieres. Eso sería bárbaro. Trato a estos visitantes con toda consideración. Se alimentan bien y se ejercitan en abundancia. Se ponen en espléndida condición física. Lo verás por ti mismo mañana."

"¿Qué quieres decir?"

"Visitaremos mi escuela de entrenamiento", sonrió el general. "Está en el sótano. Tengo alrededor de una docena de alumnos ahí abajo ahora. Son de la barca española San Lucar que tuvo la mala suerte de chocar contra las rocas. Un lote muy inferior, lamento decirlo. Pobres ejemplares y más acostumbrados a la cubierta que a la jungla". Levantó la mano e Iván, que hacía las veces de camarero, trajo café turco espeso. Rainsford, con un esfuerzo, contuvo la lengua.

"Es un juego, ya ve", prosiguió el general con suavidad. "Le sugiero a uno de ellos que vayamos a cazar. Le doy comida y un excelente cuchillo de caza. Le doy tres horas de comienzo. Debo seguirlo, armado sólo con una pistola del menor calibre y alcance. Si mi presa se me escapa durante tres días completos, gana el juego. Si lo encuentro" el general sonrió "pierde."

“¿Supongamos que se niega a ser cazado?”

“Oh”, dijo el general, “le doy su opción, por supuesto. No necesita jugar ese juego si no lo desea. Si no desea cazar, se lo entrego a Iván. Iván tuvo una vez el honor de servir como atacante oficial del Gran Zar Blanco, y tiene sus propias ideas sobre el deporte. Invariablemente, señor Rainsford, ellos eligen invariablemente la caza.”

“¿Y si ganan?”

La sonrisa en el rostro del general se ensanchó. “Hasta la fecha no he perdido”, dijo. Luego añadió, apresuradamente: “No quiero que me considere un fanfarrón, señor Rainsford. Muchos de ellos se plantean sólo el tipo de problema más elemental. De vez en cuando encuentro un tártaro. Uno casi gana. Finalmente tuve que usar los perros.”

“¿Los perros?”

“Por aquí por favor. Te mostrare.”

El general condujo a Rainsford hacia una ventana. Las luces de las ventanas enviaban una iluminación parpadeante que creaba patrones grotescos en el patio de abajo, y Rainsford podía ver moverse por allí una docena de enormes formas negras; cuando se volvieron hacia él, sus ojos brillaron de color verde.

“Un montón bastante bueno, creo”, observó el general. “Los dejan salir a las siete todas las noches. Si alguien intentara entrar en mi casa, o salir de ella, le ocurriría algo extremadamente lamentable”. Tarareó un fragmento de una canción del Folies Bergere.

“Y ahora”, dijo el general, “quiero mostrarles mi nueva colección de cabezas. ¿Vendrás conmigo a la biblioteca?”

“Espero” dijo Rainsford “que me disculpe esta noche, general Zaroff. Realmente no me siento bien.”

“Ah, ¿de verdad?” preguntó el general solícito. “Bueno, supongo que es natural después de tu largo baño. Necesita una buena noche de sueño reparador. Mañana te sentirás como un hombre nuevo, apuesto. Entonces vamos a cazar, ¿eh?”

“Tengo una perspectiva bastante prometedora...” Rainsford se apresuró a salir de la habitación.

“Lo siento, no puedes ir conmigo esta noche”, dijo el general. “Espero un partido bastante justo, un negro grande, fuerte. Parece ingenioso... Bueno, buenas noches, Sr. Rainsford; Espero que tengas una buena noche de descanso.”

La cama era buena, y el pijama de la seda más suave, y estaba cansado en cada fibra de su ser, pero sin embargo Rainsford no podía calmar su cerebro con el opiáceo del sueño. Se quedó tendido con los ojos bien abiertos. Una vez pensó que escuchó pasos sigilosos en el pasillo fuera de su habitación. Trató de abrir la puerta de par en par; no se abriría. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Su habitación estaba en lo alto de una de las torres. Las luces del castillo estaban apagadas ahora, y estaba oscuro y silencioso; pero había un fragmento de luna cetrina, ya su pálida luz podía ver, vagamente, el patio. Allí, entrando y saliendo en el patrón de sombras, había formas negras y silenciosas; los sabuesos lo oyeron en la ventana y miraron hacia arriba, expectantes, con sus ojos verdes. Rainsford volvió a la cama y se acostó. Por muchos métodos trató de dormirse. Se había adormecido cuando, justo cuando comenzaba a llegar la mañana, oyó, a lo lejos, en la jungla, el débil sonido de una pistola.

El general Zaroff no apareció hasta el almuerzo. Iba impecablemente vestido con las chaquetas de un hacendado rural. Estaba preocupado por el estado de salud de Rainsford.

“En cuanto a mí”, suspiró el general, “no me encuentro tan bien. Estoy preocupado, Sr. Rainsford. Anoche detecté rastros de mi vieja queja.”

Ante la mirada interrogativa de Rainsford, el general dijo: “Mi tedioso Aburrimiento.”

Luego, tomando una segunda ración de crepes Suzette, el general explicó: “La caza no fue buena anoche. El tipo perdió la cabeza. Hizo un camino recto que no ofreció ningún problema. Ese es el problema con estos marineros; para empezar, tienen el cerebro torpe y no saben cómo moverse por el bosque. Hacen cosas obvias y excesivamente estúpidas. Es muy molesto. ¿Quiere otra copa de Chablis, señor Rainsford?”

“General”, dijo Rainsford con firmeza, “deseo dejar esta isla de inmediato.”

El general enarcó sus espesas cejas; parecía herido. “Pero, querido amigo” protestó el general, “Acaba de llegar. No has tenido caza..."

“Deseo ir hoy”, dijo Rainsford. Vio los ojos negros muertos del general sobre él, estudiándolo. El rostro del general Zaroff se iluminó de repente.

Llenó el vaso de Rainsford con el venerable Chablis de una botella polvorienta.

“Esta noche”, dijo el general, “Vamos a cazar, tú y yo.”

Rainsford negó con la cabeza. "No, general”, dijo. “No voy a cazar.”

El general se encogió de hombros y comió delicadamente una uva de invernadero. “Como quieras, amigo mío”, dijo. “La elección depende completamente de usted. Pero, ¿no puedo aventurarme a sugerir que mi idea del deporte le parecerá más divertida que la de Iván?”

Señaló con la cabeza hacia la esquina donde estaba el gigante, frunciendo el ceño, sus gruesos brazos cruzados sobre su cabeza de cerdo.

“No te refieres a…” gritó Rainsford.

“Querido amigo”, dijo el general, “¿No te he dicho que siempre me refiero a lo que digo sobre la caza? Esto es realmente una inspiración. Brindo por un enemigo digno de mi acero, por fin”. El general levantó su copa, pero Rainsford se quedó mirándolo.

“Verá que vale la pena jugar este juego”, dijo el general con entusiasmo “Tu cerebro contra el mío. Tu artesanía en madera contra la mía. Tu fuerza y resistencia contra la mía. ¡Ajedrez al aire libre! Y la apuesta no carece de valor, ¿eh?”

“Y si gano…”, comenzó Rainsford con voz ronca.

“Me reconoceré alegremente derrotado si no lo encuentro antes de la medianoche del tercer día”, dijo el general Zaroff. “Mi balandra te colocará en tierra firme cerca de una ciudad”. El general leyó lo que estaba pensando Rainsford.

“Oh, puedes confiar en mí”, dijo el cosaco. “Te doy mi palabra de caballero y deportista. Por supuesto, usted, a su vez, debe aceptar no decir nada de su visita aquí.”

“No aceptaré nada por el estilo”, dijo Rainsford.

“Oh”, dijo el general, “en ese caso, pero ¿por qué discutir eso ahora? Dentro de tres días podremos discutirlo con una botella de Veuve Cliquot, a menos que...”

El general bebió un sorbo de vino.

Entonces, un aire serio lo animó. “Iván”, le dijo a Rainsford, “te proporcionará ropa de caza, comida y un cuchillo. Te sugiero que uses mocasines; dejan un rastro más pobre. También sugiero que evite el gran pantano en la esquina sureste de la isla. Lo llamamos Pantano de la Muerte. Allí hay arenas movedizas. Un tipo tonto lo intentó. La parte deplorable fue que Lázaro lo siguió. Puede imaginarse mis sentimientos, Sr. Rainsford. Amaba a Lázaro; era el mejor sabueso de mi manada. Bueno, debo rogarle que me disculpe ahora. Siempre tomo una siesta después del almuerzo. Me temo que difícilmente tendrás tiempo para una siesta. Querrás empezar, sin duda. No lo seguiré hasta el anochecer. Cazar de noche es mucho más emocionante que de día, ¿no crees? Au revoir, señor Rainsford, au revoir”. El general Zaroff, con una profunda y cortés reverencia, salió de la habitación.

Iván salió de otra puerta. Bajo un brazo llevaba ropa de caza de color caqui, una mochila con comida, una funda de cuero que contenía un cuchillo de caza de hoja larga; su mano derecha descansaba sobre un revólver amartillado encajado en la faja carmesí que le rodeaba la cintura.

Rainsford se había abierto camino a través de los arbustos durante dos horas. "Debo mantener mis nervios. Debo mantener mis nervios", dijo con los dientes apretados.

No había estado del todo lúcido cuando las puertas del castillo se cerraron de golpe detrás de él. Al principio, toda su idea era poner distancia entre él y el general Zaroff; y, para ello, se había precipitado, espoleado por los agudos remeros de algo muy parecido al pánico. Ahora se había controlado a sí mismo, se había detenido y estaba haciendo un balance de sí mismo y de la situación. Vio que moverse en línea recta era inútil; inevitablemente lo pondría cara a cara con el mar. Estaba en un cuadro con un marco de agua, y sus operaciones, claramente, deben tener lugar dentro de ese marco.

"Le daré un rastro a seguir", murmuró Rainsford, y se apartó del rudo camino que había estado siguiendo hacia el yermo sin caminos. Ejecutó una serie de intrincados bucles; volvió a doblar su rastro y nuevamente, recordando toda la tradición de la caza del zorro y todas las evasiones del zorro. La noche lo encontró cansado de las piernas, con las manos y el rostro azotados por las ramas, en una cresta densamente arbolada. Sabía que sería una locura tropezar en la oscuridad, incluso si tuviera la fuerza. Su necesidad de descansar era imperativa y pensó: "He jugado al zorro, ahora debo jugar al gato de la fábula". Un gran árbol de tronco grueso y ramas extendidas estaba cerca y, con cuidado de no dejar la menor marca, trepó a la entrepierna y, estirándose sobre una de las ramas anchas, de alguna manera, descansó. El descanso le aportó una nueva confianza y casi una sensación de seguridad. Incluso un cazador tan celoso como el general Zaroff no podría rastrearlo allí, se dijo; solo el diablo mismo podía seguir ese complicado sendero a través de la jungla después del anochecer. Pero tal vez el general era un demonio...

Una noche aprensiva se arrastró lentamente como una serpiente herida y el sueño no visitó a Rainsford, aunque el silencio de un mundo muerto estaba en la jungla. Hacia la mañana, cuando un gris lúgubre estaba barnizando el cielo, el grito de algún pájaro asustado centró la atención de Rainsford en esa dirección. Algo venía a través del arbusto, venía lentamente, con cuidado, por el mismo camino sinuoso por el que había llegado Rainsford. Se aplastó sobre la rama y, a través de una pantalla de hojas casi tan gruesas como un tapiz, observó... El que se acercaba era un hombre.

Era el general Zaroff. Se abrió camino con los ojos fijos en la máxima concentración en el suelo ante él. Se detuvo, casi debajo del árbol, se arrodilló y estudió el suelo. El impulso de Rainsford fue arrojarse como una pantera, pero vio que la mano derecha del general sostenía algo metálico: una pequeña pistola automática.

El cazador negó con la cabeza varias veces, como si estuviera desconcertado. Luego se enderezó y sacó de su estuche uno de sus cigarrillos negros; su humo picante, parecido a un incienso, flotó hasta las fosas nasales de Rainsford.

Rainsford contuvo la respiración. Los ojos del general habían dejado el suelo y viajaban centímetro a centímetro por el árbol. Rainsford se quedó helado allí, todos los músculos tensos durante un salto. Pero los agudos ojos del cazador se detuvieron antes de llegar a la rama donde yacía Rainsford; una sonrisa se extendió por su rostro moreno. Muy deliberadamente lanzó un anillo de humo al aire; luego dio la espalda al árbol y se alejó descuidadamente, de regreso por el sendero por el que había venido. El susurro de la maleza contra sus botas de caza se hizo cada vez más débil.

El aire reprimido salió con calor de los pulmones de Rainsford. Su primer pensamiento le hizo sentirse enfermo y entumecido. El general podía seguir un rastro a través del bosque por la noche; podía seguir un rastro extremadamente difícil; debe tener poderes asombrosos; sólo por la más mínima casualidad el cosaco no había podido ver a su presa.

El segundo pensamiento de Rainsford fue aún más terrible. Envió un escalofrío de frío horror a través de todo su ser. ¿Por qué había sonreído el general? ¿Por qué se había vuelto?

Rainsford no quería creer lo que su razón le decía que era cierto, pero la verdad era tan evidente como el sol que ya había atravesado las brumas de la mañana. ¡El general estaba jugando con él! ¡El general lo estaba guardando para otro día de deporte! El cosaco era el gato; él era el ratón. Entonces fue cuando Rainsford supo el significado completo del terror.

“No perderé los nervios. No haré.”

Se deslizó del árbol y se internó de nuevo en el bosque. Su rostro estaba rígido y obligó a que funcionara la maquinaria de su mente. A trescientos metros de su escondite se detuvo donde un enorme árbol muerto se apoyaba precariamente sobre otro más pequeño y vivo. Tirando su saco de comida, Rainsford sacó su cuchillo de su funda y comenzó a trabajar con toda su energía.

El trabajo terminó por fin, y se arrojó detrás de un tronco caído a treinta metros de distancia. El no tuvo que esperar mucho. El gato venía de nuevo a jugar con el ratón.

Siguiendo el rastro con la seguridad de un sabueso llegó el general Zaroff. Nada escapaba a esos ojos negros escrutadores, ninguna brizna de hierba aplastada, ninguna ramita doblada, ninguna marca, por muy débil que fuera, en el musgo. El cosaco estaba tan concentrado en su acecho que se fijó en lo que Rainsford había hecho antes de verlo. Su pie tocó la rama que sobresalía que era el gatillo. Incluso cuando lo tocó, el general sintió su peligro y saltó hacia atrás con la agilidad de un simio. Pero no fue lo suficientemente rápido; el árbol muerto, delicadamente ajustado para descansar sobre el vivo cortado, se derrumbó y asestó al general un golpe en el hombro al caer; pero por su estado de alerta, debe haber sido aplastado debajo de él. Se tambaleó, pero no cayó; ni dejó caer su revólver. Se quedó allí, frotándose el hombro herido, y Rainsford, con el miedo aferrarse nuevamente a su corazón, escuchó la risa burlona del general resonando a través de la jungla.

“Rainsford”, llamó el general, “Si está al alcance de mi voz, como supongo, déjeme felicitarlo. No muchos hombres saben cómo hacer un Atrapa Hombre Malayo. Por suerte para mí, yo también he

cazado en Malaca. Está resultando interesante, Sr. Rainsford. Ahora me voy a vendar la herida; es solo una pequeña. Pero volveré. Volveré.”

Cuando el general, que se cuidaba el hombro magullado, se marchó, Rainsford retomó el vuelo. Ahora era la huida, una huida desesperada, desesperada, lo que lo llevó durante algunas horas. Llegó el anochecer, luego la oscuridad, y aún así siguió adelante. El suelo se volvió más blando bajo sus mocasines; la vegetación se hizo más rancia, más densa; los insectos lo mordieron salvajemente.

Luego, cuando dio un paso adelante, su pie se hundió en el lodo. Trató de arrancarlo, pero el lodo le chupó el pie con saña como si fuera una sanguijuela gigante. Con un esfuerzo violento, soltó los pies. Sabía dónde estaba ahora. El pantano de la muerte y sus arenas movedizas.

Sus manos estaban fuertemente cerradas como si su nervio fuera algo tangible que alguien en la oscuridad estuviera tratando de arrancar de su agarre. La suavidad de la tierra le había dado una idea. Dio un paso atrás de las arenas movedizas unos cuatro metros y, como un enorme castor prehistórico, comenzó a cavar.

Rainsford se había atrincherado en Francia cuando un segundo de retraso significaba la muerte. Ese había sido un pasatiempo plácido comparado con su excavación ahora. El pozo se hizo más profundo; cuando estuvo por encima de sus hombros, se bajó y de unos arbolitos duros cortó estacas y las afiló en una punta fina. Estas estacas las plantó en el fondo del pozo con las puntas hacia arriba. Con dedos voladores tejió una alfombra rugosa de maleza y ramas y con ella cubrió la boca del pozo. Luego, empapado de sudor y dolorido por el cansancio, se agachó detrás del tocón de un árbol carbonizado por los rayos.

Sabía que se acercaba su perseguidor; oyó el ruido de pasos en la tierra blanda, y la brisa nocturna le trajo el perfume del cigarrillo del general. Rainsford tuvo la impresión de que el general se acercaba con una rapidez inusual; no andaba a tientas, pie a pie. Rainsford, agachado allí, no podía ver al general, ni podía ver el pozo. Vivió un año en un minuto. Entonces sintió el impulso de gritar de alegría, porque escuchó el crujido agudo de las ramas que se rompían cuando la cubierta del pozo cedía; escuchó el agudo grito de dolor cuando las estacas puntiagudas dieron en el blanco. Saltó de su escondite. Luego se encogió de miedo. A tres pies del pozo había un hombre de pie, con una antorcha eléctrica en la mano.

“Lo has hecho bien, Rainsford”, llamó la voz del general. “Tu Foso De Tigre Birmano ha reclamado a uno de mis mejores perros. De nuevo puntúas. Creo, Sr. Rainsford, veré qué puede hacer contra toda mi manada. Me voy a casa a descansar ahora. Gracias por una velada muy divertida.”

Al amanecer, Rainsford, que yacía cerca del pantano, se despertó con un sonido que le hizo saber que tenía cosas nuevas que aprender sobre el miedo. Era un sonido distante, débil y vacilante, pero él lo sabía. Fue el aullido de una jauría de perros.

Rainsford sabía que podía hacer una de dos cosas. Podría quedarse donde estaba y esperar. Eso fue suicidio. Podría huir. Eso fue posponer lo inevitable. Por un momento se quedó allí, pensando.

Se le ocurrió una idea que tenía una gran posibilidad y, apretándose el cinturón, se alejó del pantano.

Los aullidos de los perros se acercaban, luego se acercaban, se acercaban, se acercaban cada vez más. En una cresta, Rainsford trepó a un árbol. En un curso de agua, a menos de un cuarto de milla de distancia, pudo ver el arbusto moverse. Forzando los ojos, vio la delgada figura del general Zaroff; justo delante de él, Rainsford distinguió otra figura cuyos anchos hombros surcaban la alta maleza de la jungla; era el gigante Iván, y parecía arrastrado hacia adelante por una fuerza invisible; Rainsford sabía que Iván debía estar sujetando la mochila con correa.

Estarían sobre él en cualquier momento. Su mente trabajaba frenéticamente. Pensó en un truco nativo que había aprendido en Uganda. Se deslizó por el árbol. Agarró un árbol joven elástico y en él ató su cuchillo de caza, con la hoja apuntando hacia el sendero; con un poco de vid silvestre ató el árbol joven. Luego corrió por su vida. Los perros alzaron la voz al percibir el olor fresco. Rainsford sabía ahora cómo se siente un animal acorralado.

Tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Los ladridos de los perros se detuvieron abruptamente y el corazón de Rainsford también se detuvo. Deben haber alcanzado el cuchillo.

Se subió a un árbol con entusiasmo y miró hacia atrás. Sus perseguidores se habían detenido. Pero la esperanza que había en el cerebro de Rainsford cuando subió murió, porque vio en el valle poco profundo que el general Zaroff todavía estaba de pie. Pero Iván no lo estaba. El cuchillo, impulsado por el retroceso del árbol que saltaba, no había fallado del todo.

Rainsford apenas había caído al suelo cuando la manada retomó el grito.

“¡Nervio, nervio, nervio!” jadeó, mientras corría. Un espacio azul apareció entre los árboles muertos más adelante. Cada vez más cerca atraía a los perros. Rainsford se obligó a avanzar hacia ese espacio. Lo alcanzó. Era la orilla del mar. Al otro lado de una cala podía ver la lúgubre piedra gris del castillo. A seis metros por debajo de él, el mar retumbaba y siseaba. Rainsford vaciló. Escuchó a los perros. Luego saltó hacia el mar...

Cuando el general y su manada llegaron al lugar junto al mar, el cosaco se detuvo. Durante unos minutos se quedó contemplando la extensión de agua azul verdosa. El se encogió de hombros. Luego se sentó, tomó un trago de brandy de una petaca de plata, encendió un cigarrillo y tarareó un poco de Madame Butterfly.

Esa noche, el general Zaroff tuvo una excelente cena en su gran comedor con paneles. Con él tenía una botella de Pol Roger y media botella de Chambertin. Dos leves molestias le impidieron disfrutarlo perfectamente. Uno era el pensamiento de que sería difícil reemplazar a Iván; la otra era que su presa se le había escapado; por supuesto, el estadounidense no había jugado el juego, eso pensó el general mientras probaba su licor de después de la cena. En su biblioteca leyó, para calmarse, las obras de Marco Aurelio. A las diez subió a su dormitorio. Estaba deliciosamente cansado, se dijo, mientras se encerraba. Había un poco de luz de luna, así que, antes de encender

la luz, se acercó a la ventana y miró hacia el patio. Podía ver a los grandes sabuesos y les gritó: “Mejor suerte en otro momento.” Luego encendió la luz.

Allí estaba un hombre que se había escondido entre las cortinas de la cama.

“¡Rainsford!” gritó el general. “¿Cómo en el nombre de Dios llegaste aquí?”

“Nadé”, dijo Rainsford. “Lo encontré más rápido que caminar por la jungla.”

El general contuvo el aliento y sonrió. “Te felicito”, dijo. “Has ganado el juego.”

Rainsford no sonrió. “Sigo siendo una bestia acorralada”, dijo en voz baja y ronca. “Prepárese, general Zaroff.”

El general hizo una de sus más profundas reverencias. “Ya veo”, dijo. “¡Espléndido! Uno de nosotros va a dar comida a los perros. El otro dormirá en esta excelente cama. En guardia, Rainsford” . . .

Nunca había dormido en una cama mejor, determino Rainsford.